

Amedeo Cencini

*Amarás
al Señor
tu Dios*

Psicología del encuentro con Dios



PRESENTACIÓN

Este libro, *“Amarás al Señor tu Dios. Psicología del encuentro con Dios”*, se presenta desde el inicio como único y significativo en su campo. Los destinatarios son, en primer término, los creyentes, consagrados o laicos, empeñados en un camino de crecimiento humano y espiritual, y en segundo, todos los interesados en el desarrollo integral de la propia persona y de la sociedad en la cual están insertos, deseosos de lograr la plenitud de sí mismos, sin innecesarios reduccionismos mutiladores, y una fecunda misión.

El autor se propone ofrecer, directa e indirectamente, una respuesta, que se hace a su vez propuesta, a algunos interrogantes muy difundidos: “¿Cómo hacer para que la vida y la fe se encuentren positivamente y haya unificación entre ellas? ¿Cómo vivir una existencia alimentada por la fe, de modo que sea fecunda y eficaz tanto individual como socialmente? ¿Qué camino seguir para facilitar el crecimiento de la persona en su verdadera dimensión, en su verdadera identidad, es decir en la autotrascendencia?”

Para responder a estas y otras preguntas, que se plantea toda persona que tiene el deseo de crecer, el autor propone un itinerario que al mismo tiempo es de exploración y de propuesta, articulado en dos

momentos: el hombre lanzado a la búsqueda de su propio yo, y el hombre a la búsqueda de su Dios. Se trata de dos procesos estrechamente ligados e integrados entre sí. El uno facilita o dificulta el camino del otro, según como sea vivido. En el primer itinerario se ayuda a descifrar cómo se lleva a cabo el proceso de autoidentificación y cuáles son los resultados, según las condiciones de partida. De ahí brota la urgencia de una autoidentificación que permita un desarrollo integral de la persona a nivel no solo corporal y psíquico, sino sobre todo ontológico. En el segundo, el central, se delinea el proceso psicológico subyacente en todo auténtico camino de fe, con su demanda de vivir una fase desestructurante del hombre viejo, una fase subliminal en la cual se acepta, al borde de la propia vida, el misterio de Dios y del hombre mismo, y una fase reestructurante, en la cual nace poco a poco y se hace adulto el hombre nuevo. El itinerario concluye con la proposición de un encuentro vivificante con la Palabra de Dios en el diario quehacer de la existencia.

El autor conjuga, respetando la propia especificidad, la psicología y la teología, y nuclea algunas instancias centrales de la estructura y funcionamiento de la personalidad y de la religiosidad en vista a una auténtica integración fe-vida. Se mueve en el ámbito de una concepción global de la persona, más allá de las modalidades de reduccionismo recurrente y las formas de yuxtaposición y de dicotomía. Muestra cómo el camino del crecimiento humano y cristiano convergen en un proceso gradual de unificación de sí mismo, que se expresa en la propia consistencia, en la fecun-

didad de vida, en la capacidad de mantenerse flexible ante las pruebas de la existencia que nunca faltan. En la capacidad de amar con autenticidad, integridad y plenitud a Dios y al prójimo, es donde se encuentra el centro, el criterio y la guía de una personalidad madura, de una religiosidad bien insertada en la personalidad y en la vida, capaz de promover a la persona y a la sociedad a lo largo de la aventura a la que se ha sido llamada.

La exposición del itinerario es sencilla, con un lenguaje persuasivo que facilita la comprensión de conceptos a veces difíciles. De todo esto resulta una exposición lineal fácilmente comprensible. La confrontación de la propia vida con todo lo expuesto vendrá como consecuencia lógica.

El itinerario aquí presentado sirve de iluminación a muchas situaciones de vida que se conocen o se viven, y es un estímulo para un compromiso de vida a nivel individual y colectivo. Se trata en efecto de un encuentro fecundo entre la psicología y la vida espiritual a nivel existencial, un encuentro que hay que favorecer a través de mediaciones útiles como este libro, que sirve de instrumento.

Giuseppe Sovernigo

Primera Parte

El hombre en
busca de su propio yo

Conocerse a sí mismo es una necesidad y un deber del que nadie puede sustraerse. El hombre tiene necesidad de saber quién es; no puede vivir si no descubre qué sentido tiene su vida: se corre el riesgo de ser infeliz si no se reconoce la propia dignidad. Por lo tanto, podemos decir que debemos estar cada día en busca de nuestro propio yo; una búsqueda continua, aunque a veces inconsciente, a menudo fatigosa y aparentemente contradictoria, pero en cada caso, nunca terminada... Y es justo que sea así: la identidad no es un dato biológico inscrito en los cromosomas o fácilmente adquirible; tampoco es simplemente una verdad que hay que contemplar y creer de manera más o menos estática y pasiva. En todo caso, es un punto de llegada, una vocación totalmente personal que hay que realizar. Podemos saber aquello que somos e intuir aquello que estamos llamados a ser, pero descubriremos nuestro yo solamente cuando todo esto lo hayamos vivido. Y si este camino de búsqueda de nuestro propio yo pasa por dudas, inseguridades, o aun por verdaderas y propias crisis de identidad, habrá buenas razones para esperar que nuestra búsqueda, si es honesta y apasionada, sea premiada.

Estas “buenas razones” son el motivo y el objeto de análisis de estas páginas.

Capítulo Primero

Inseguridad e imagen negativa de sí mismo

“Tengo poca confianza en mí mismo...”; “no estoy seguro de mí mismo...”; “tengo miedo de no poder...”: son expresiones diversas de un único problema, *la inseguridad*. Frases como éstas se escuchan cada vez con más frecuencia, aún en nuestros ambientes, acompañadas de una actitud de fatal resignación, como si no hubiese ya nada que hacer y consolados por la sensación de que se trata de una clase de “mal común”. Y la sensación no es del todo descabellada. La notable investigación del padre Rulla revela que el 75% de los sacerdotes y religiosos “sufre” de un concepto demasiado bajo de sí. La experiencia clínico-terapéutica no hace más que confirmar este dato impresionante (que se da también en la población laica).

El hecho parece extraño, y lo es. Vivimos en un mundo que ha querido con terquedad otorgar al hombre la autoridad absoluta en la gestión de su vida. Por lo que se refiere a nuestra vocación, ella nos recuerda que Dios se ha “fiado” de nosotros, se ha comprometido con nosotros; confiándonos el encargo de anunciarlo. ¿Cómo puede ser, pues, que las tres cuartas partes de estos “encargados” se sientan interiormente negativos, y por lo tanto inseguros? Sin embargo, por nuestro propio ser

de hombres y de religiosos auténticos, es necesario tener una fundamental confianza en uno mismo. No puede, de hecho, pensar en ser gestor de su propia vida de un modo original y valiente, quien se siente “incapaz”, y *tampoco puede pensar en “perderse” evangélicamente a sí mismo quien no está lo suficientemente seguro “dentro”*. Llega a ser un verdadero problema, en resumidas cuentas, el vivir, sintiéndose incapacitado para vivir.

1. Inseguridad negada: los fanfarrones

El problema es tal, que a menudo el sujeto prefiere ignorarlo, intentando otros caminos alternativos para poder vivir al menos sin daños. En lo que a continuación se expone, tenemos, por ejemplo, dos modos contrapuestos de vivir el mismo problema de la inseguridad: el de negarla y el de soportarla. Representan dos estilos de vida totalmente diversos. Los describiremos en su estado puro, cargando un poco las tintas para resaltar las características de fondo. En la vida real las cosas son muy diversas de un caso al otro, pero el problema es idéntico.

El primer modo de “resolver” (por así decir) el problema de la inseguridad es el de... negarla. Es el camino elegido por los fanfarrones”. *En lo tocante a él mismo*, el fanfarrón parece que sufre de manera especial su limitación, aquella limitación natural (de cualidades, virtudes, comportamiento) que no se puede eliminar de la condición humana y que debe aceptarse. Como si tuviera miedo de sí mismo, de su zona negativa, tiene temor de encontrar dentro de sí mismo alguna cosa y decide

infinita pasión, en cierto punto comienza a revelársele como Padre, Señor, Dios de su vida...

Nunca es descubrimiento de un día, es historia que supone un camino y fases alternas, pero cuando comienza a haber luz, entonces el hombre cae en la cuenta de que en esa búsqueda jamás había estado solo, ni en compañía solamente de sus hermanos: una presencia invisible y fiel lo ha estado siempre conduciendo, indicándole el camino y conservando viva aquella ansia en el corazón. En aquel momento sus ojos estaban incapacitados para reconocer tal presencia (cf. Lc 24, 16), ahora lo ve todo gracias a su luz. El ansia y la náusea, la oscuridad y el abandono, el deseo y la sorpresa, el coraje de morir y las ganas de renacer... todo aquello que ha experimentado es memoria de esa presencia, es la experiencia que Dios ha hecho de él y que él ha hecho de Dios.

Pero ahora también es descubrimiento del propio yo. La parábola de la vida le revela juntos el rostro de Dios y su nombre: si Dios es amor, también el hombre está llamado a serlo. Si Dios lo ha probado y seducido, no podrá más que amarlo con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas, amando, al mismo tiempo, también a sus compañeros de aventura, para que ellos hagan el mismo descubrimiento.

Pero deberá continuar su viaje, hacia otra prueba y otra seducción.

Hasta el día del encuentro definitivo.

Índice

Presentación	5
Primera Parte	
El hombre en busca de su propio yo	9
Capítulo Primero	
Inseguridad e imagen negativa de sí mismo	11
1. Inseguridad negada: los fanfarrones	12
2. Inseguridad soportada: los tímidos	15
3. Crisis de identidad e identidad de la crisis	18
Capítulo Segundo	
Los niveles de identidad	21
1. Nivel corporal	21
2. Nivel psíquico	23
a. El talento como fuente de identidad	24
b. Dependencia del rol	25
c. Necesidad exagerada de un resultado positivo	26
d. Terror al fracaso	28
e. No aceptación del pecado	28
f. Complejo de inferioridad	30
g. Error de distracción	31
3. Nivel ontológico	32

a. Yo actual: un germen de postividad	35
b. Yo ideal: el cumplimiento de la positividad	39
• A imagen de Dios...	41
• ...en un especial seguimiento de Cristo	42
c. Carisma y carismas	45
4. Nivel metapsíquico	50
5. Nivel metacorporal	56
<i>Figura 1: Los niveles de identidad</i>	60

Capítulo Tercero

Autoidentidad y autorrealización: rol del carisma	63
Carisma y autorrealización	64
a. Sentido de pertenencia	66
b. Experiencia mística	69
c. Camino ascético	71
d. Compromiso apostólico	76
• La opción por los pobres	81
<i>Figura 2: Líneas de internalización dinámica del carisma (y de autorrealización de la persona)</i>	90

Capítulo Cuarto

Carisma e institución	91
1. El carisma y su historia	92
2. Las instituciones y sus crisis	95
a. La tentación del “censo”	95
b. El mito del eficientismo	96
c. El ídolo de las obras	97
d. El desafío de la inculturación	99
3. Disponibilidad para morir	105

Segunda Parte	
El hombre en busca de su Dios	109
Capítulo Primero	
Fase desestructurante: muerte del hombre viejo	113
1. Las ilusiones en la vida espiritual	113
a. La ilusión sentimental	115
b. La ilusión moral	118
c. La ilusión intelectual	122
2. La decisión de convertirse	124
a. Conversión y trascendencia	125
b. "Todo lo considero una pérdida..."	127
Capítulo Segundo	
Fase subliminal: a través del desierto	133
1. El coraje de caminar en la oscuridad	134
2. La humildad de dejarse guiar	137
3. "Prepárate para la prueba" (Ecli 2,1)	138
4. "Dios nos somete a prueba, lo mismo que a nuestros padres" (Jdt 8, 25)	140
5. "Lo seduciré... y le hablaré a su corazón" (Os 2,16)	142
6. El "sacrificio del hijo"	143
Capítulo Tercero	
Fase reestructurante: nacimiento del hombre nuevo	149
1. Conversión moral: hijos del Padre	150
a. Miedo e inercia	151
b. Un padre que hace fiesta	152
c. "Con todas las fuerzas"	156
2. Conversión intelectual: siervos del Señor	163
a. Señor de la vida	166

b. Curación de la memoria	167
c. “Con toda la mente”	170
3. Conversión afectiva: amigos de Dios	174
3.1. “Amarás al Señor tu Dios...”	175
a. “Tú me sedujiste Señor, y yo me dejé seducir”	175
b. “Con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente”	182
• Una relación central	183
• Una relación única	184
• Una relación fiel.	186
3.2. “El segundo mandamiento es semejante al primero”	190
a. Unidad de vida, unidad de amor	191
b. Unidad de vida y consistencia interna	193
1. Consistencia de los dinamismos	193
2. Consistencia de los contenidos	195
• La provocación de los valores: amar al hombre en Dios.	196
• La provocación de las necesidades: amar a Dios en el hombre	201
c. Unidad de vida, perennidad de amor.	214
3.3. “Amarás al prójimo como a ti mismo”	215
a. Experiencia de Dios y amor a sí mismo	215
1. Adecuada estima de sí mismo.	216
2. Sana tensión hacia el bien	218
b. Experiencia de Dios y amor al prójimo	221
1. Justa estima del otro	221

2. Sana provocación hacia el bien	222
<i>Figura 3: Las fases de la experiencia de Dios</i>	227

Capítulo Cuarto

La palabra de cada día: experiencia cotidiana de Dios.	229
---	-----

1. Conservar la Palabra	230
-------------------------	-----

2. Permanecer en la Palabra	232
-----------------------------	-----

3. Cumplimiento de la Palabra	233
-------------------------------	-----

<i>Figura 4: El circuito de la Palabra en la vida de cada día.</i>	235
--	-----

Conclusión	237
-------------------	-----